

En 2 Samuel hay una historia que Natán, un profeta de Dios, fue enviado a contarle al rey David. Natán debía contarle esta historia al rey David porque Dios estaba disgustado con algo que David había hecho. Y esta historia fue lo que llevó al rey David a escribir el Salmo 51; un salmo que todos conocemos muy bien. Ese salmo es muy aleccionador y fue escrito por un hombre conforme al corazón de Dios.

Sabemos lo que había pasado antes de que Natán fuera a hablar con el rey David y contarle esta historia. El rey David había cometido adulterio con Betsabé, quien estaba casada con Urías, uno de los soldados de David. El rey David tomó por mujer a Betsabé mismo sabiendo que estaba cometiendo un pecado. El rey David tenía muchas esposas entre las que él podría haber elegido. Él podría haber buscado a otra mujer que no estuviera comprometida con ningún otro hombre, pero no hizo. Y todo esto sucedió mientras Urías estaba en el campo de batalla luchando por el rey David.

Pero la situación empeoró cuando Betsabé quedó embarazada del rey David. Y para encubrir ese embarazo el rey David ordenó que Urías volviese a casa para que pudiera acostarse con Betsabé y así hacer pasar el hijo que ella estaba esperando como hijo de Urías. Pero Urías era un soldado fiel y no quiso acostarse con Betsabé mientras los demás soldados seguían luchando en el campo de batalla. Urías sentía que él también debía estar luchando en el campo de batalla.

Cuando su intento de encubrir el embarazo fracasó, el rey David envió a Urías de vuelta al campo de batalla y ordenó al comandante del ejército que pusiera a Urías en el frente más peligroso de la batalla y lo dejara solo para que fuera herido y muriese. El plan del rey David funcionó, y Urías fue muerto en el campo de batalla.

Vayamos ahora a 2 Samuel 12:1 y vamos a leer lo que pasó cuando Dios envió a Natán a hablar con el rey David.

2 Samuel 12:1—El SEÑOR envió a Natán para que hablara con David. Cuando se presentó ante David, le dijo: “Dos hombres vivían en un pueblo. El uno era rico, y el otro pobre. El rico tenía muchísimas ovejas y vacas; en cambio, el pobre no tenía más que una sola ovejita que él mismo había comprado y criado. La ovejita creció con él y con sus hijos: comía de su plato, bebía de su vaso y dormía en su regazo. Era para ese hombre como su propia hija.

Había una diferencia muy clara entre estos dos hombres. Uno era rico y el otro era pobre. El rico era extremadamente rico y no le faltaba de nada. El rico de esta historia era el rey David. El pobre, que no tenía nada más que una ovejita, era Urías. Y la ovejita era Betsabé, a quien Urías amaba muchísimo. Por esta historia podemos entender que Urías tenía un gran cariño y un gran amor por Betsabé.

Pero sucedió que un viajero llegó de visita a casa del hombre rico y, como este no quería matar ninguna de sus propias ovejas o vacas para darle de comer al huésped, le quitó al hombre pobre su única ovejita. El hombre rico era egocéntrico y egoísta. Él no quería tomar un animal de su propio rebaño y prefirió robar al hombre pobre. Natán usó esa historia para mostrar al rey David lo que él había hecho. David había tomado por mujer a Betsabé, alguien que no le pertenecía. Ella pertenecía a Urías.

Tan grande fue el enojo de David contra aquel hombre, que le respondió a Natán: “¡Tan cierto como que el SEÑOR vive, que quien hizo esto merece la muerte! ¿Cómo pudo hacer algo tan ruin? ¡Ahora pagaré cuatro veces el valor de la oveja!” El rey David aún no se había dado cuenta de que él era el hombre rico de esa historia. El

rey David pudo ver la injusticia que el hombre rico había cometido contra el hombre pobre y sintió que debía hacerse justicia. Y pronto él iba a descubrir que él era el hombre rico de la historia.

Entonces Natán le dijo a David: “¡Tú eres ese hombre! Así dice el SEÑOR, Dios de Israel: ‘Yo te unguí como rey sobre Israel, y te libré del poder de Saúl. David estaba siendo confrontado con lo que había hecho: Él era ese hombre rico y había obrado mal. Natán le estaba transmitiendo ese mensaje de parte de Dios. Y David sabía que esto venía de Dios. Y estoy segura de que David era todo oídos. Dios estaba recordando a David que fue Él quien había ungido a David como rey y lo había salvado de morir a manos de Saúl. David no tendría nada si Dios no se lo hubiese dado. Todo pertenece a Dios.

Te di el palacio de tu amo, y puse sus mujeres en tus brazos. También te permití gobernar a Israel y a Judá. Y por si esto hubiera sido poco, te habría dado mucho más. Aunque el rey David era un hombre conforme al corazón de Dios, él seguía siendo un ser humano y tenía que luchar contra la naturaleza humana, como nosotros. Pero el rey David había cedido a su naturaleza humana. Él debería haberse conformado con lo que Dios le había dado y no confiar en sí mismo.

Siempre debemos estar contentos con lo que Dios nos ha dado. Dios nos está moldeando y formando para ser parte de Elohim. Eso significa que Dios hace lo que es mejor para nosotros, y debemos estar contentos con la vida que tenemos ahora.

Versículo 13 - David le dijo a Natán: “He pecado contra el SEÑOR”. Por eso el rey David era un hombre conforme al corazón de Dios. Cuando Dios envió al profeta Natán para corregirlo, David aceptó la corrección enseguida y asumió la responsabilidad de lo que había hecho. David no inventó excusas ni intentó justificarse. Él simplemente asumió toda la responsabilidad de sus acciones y admitió que había pecado contra Dios Todopoderoso.

Cuando reconocemos nuestros pecados, debemos asumir la responsabilidad de nuestras decisiones equivocadas y arrepentirnos enseguida. Cuando pecamos contra Dios, debemos arreglar las cosas enseguida.

Y Natán le dijo a David: “El SEÑOR ha perdonado ya tu pecado, y no morirás. Sin embargo, tu hijo sí morirá, pues con tus acciones has ofendido al SEÑOR”. Dicho esto, Natán volvió a su casa. Dios perdonó a David y se olvidó de su pecado, pero Dios dijo a David que sus acciones pecaminosas tendrían consecuencias.

Y con nosotros esto es lo mismo. Podemos reconocer nuestros pecados y arrepentirnos, pero a veces tenemos que sufrir las consecuencias de nuestros pecados. Esto no significa que Dios no nos ame. Dios hace lo que es mejor para nosotros, para moldearnos y formarnos para ocupar un lugar específico en el Templo de Dios. Al igual que el rey David ocupará un lugar específico en el Templo de Dios.

En el Salmo 51 podemos leer que David estaba arrepentido. David expresa cómo se sentía por haber pecado contra Dios. David comprendía cómo funciona el arrepentimiento. Y de toda esta situación el rey David pudo comprender exactamente lo que Dios quiere de nosotros.

Vayamos ahora al **Salmo 51:1 - Ten compasión de mí, oh Dios, conforme a Tu gran misericordia; conforme a Tu inmensa bondad, borra mis transgresiones.** Dios, en Su misericordia, nos perdona nuestros pecados, si le pedimos perdón. Esto significa que reconocemos nuestros pecados ante Dios; reconocemos que Dios tiene razón y que nosotros estamos equivocados. Nuestra responsabilidad entonces es esforzarnos por no volver a cometer ese pecado. Pero sabemos que no siempre lo logramos. Tenemos la naturaleza humana y hay batallas que son muy difíciles, pero seguimos esforzándonos por no volver a cometer ese pecado.

El rey David escribió: “Conforme a Tu gran misericordia”. Piensen en cuántas veces hemos pedido a Dios que nos perdone. ¡Muchísimas veces! Y Dios nos perdona si somos sinceros con Él. Dios borra nuestras transgresiones y las olvida. Dios entonces ya no tiene nada contra de nosotros.

En el **versículo 17**, el rey David revela lo que Dios desea de nosotros: **El sacrificio que Te agrada es un espíritu quebrantado. Tú, oh Dios, no desprecias un corazón contrito y arrepentido.** En el Salmo 51:17 David describe la humildad, un corazón humilde. David describe un corazón que Dios no desprecia. En otras palabras, ese es el corazón que Dios desea que tengamos. Después de que Dios nos perdona nuestros pecados, debemos pedirle que nos dé un corazón así, una mente así, para que podamos seguir creciendo espiritualmente.

Un corazón contrito es un corazón dispuesto a verse a sí mismo con claridad. Y solo podemos tener un corazón humilde si nos arrepentimos del pecado, del orgullo en nuestra vida. Para tener un corazón contrito, debemos sacrificar a nuestro “yo”, a nuestro egoísmo, a nuestra naturaleza humana. “La concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la vanagloria de la vida”.

Dios no habita en un corazón lleno de orgullo. El orgullo es la raíz de todo pecado. Dios no habita en el pecado. Cuando pecamos, no estamos actuando de acuerdo con Dios. En realidad estamos diciendo a Dios que no necesitamos ni a Él ni a Sus caminos.

El orgullo es un enorme obstáculo. El orgullo lleva a las personas a confiar en sí mismas y a pensar que son superiores a los demás y a creer que están por encima de lo que Dios nos dice. Las instrucciones de Dios son claras y sucintas. Si tenemos el espíritu de Dios podemos ver el orgullo en nosotros mismos. Y cuando vemos nuestro orgullo, si no lo cortamos de raíz, nos debilitamos y dejamos de luchar contra el orgullo en nosotros mismos.

Si tenemos un corazón contrito sentimos remordimientos y estamos en un estado de profundo arrepentimiento por ir en contra de Dios. Y a nadie le gusta sentirse así, pero debemos recordar que esto es bueno. Esto demuestra que podemos ver nuestro pecado y que odiamos el pecado. Un corazón contrito es un corazón humilde que se arrepiente sinceramente del pecado. Si tenemos un corazón contrito, estaremos dispuestos a someternos a la voluntad de Dios y nos esforzaremos por estar de acuerdo con Dios en todo.

No basta con arrepentirnos de lo que hemos hecho. Esto no es suficiente. Debemos desear cambiar y deshacernos de nuestra naturaleza humana. Tener un corazón contrito implica que debemos vivir como el nuevo hombre que sale del agua después de que somos bautizados. Cuando pensemos en un corazón o un espíritu contrito, debemos recordar esto. Tener un corazón contrito implica reconocer que no hemos dado la talla, que no hemos hecho lo que Dios espera de nosotros y arrepentirnos de lo que hayamos hecho y esforzarnos más, porque no queremos ofender a Dios. Tener un corazón contrito significa estar dispuestos a someternos sin dudar al proceso por el que tenemos que pasar y siempre poner a Dios en primer lugar. Si tenemos un corazón contrito deseamos recibir el perdón de nuestros pecados porque deseamos estar siempre en armonía con Dios. Si tenemos un corazón contrito estamos aprendiendo a acercarnos más a Dios y a rechazar el pecado que tan fácilmente nos atrapa. Estamos aprendiendo a clamar a Dios por Su ayuda y por poder para vencer nuestra naturaleza humana.

Debemos recordar siempre que necesitamos el espíritu santo de Dios para poder crecer. No podemos quedarnos separados del espíritu santo de Dios. Debemos confiar en Dios y no en nuestro orgullo egoísta. Debemos aprender a tener siempre una actitud humilde. El título del sermón de hoy es *Una Actitud Humilde*.

Y mientras hablamos sobre la humildad hoy, sobre esa actitud humilde, quisiera que todos pensemos en nuestra actitud en un momento determinado. La actitud de la que hablo es la humildad, y ese momento determinado es en nuestra vida diaria. En otras palabras, debemos tener una actitud humilde siempre.

Una persona con una actitud humilde es una persona que no tiene orgullo ni arrogancia, que no es engreída ni está llena de pecado; libre de levadura, libre de pecado, como Dios dice que debemos ser.

Los Días Sagrados de Dios representan Su plan de salvación para la humanidad. Y durante los Días de los Panes Sin Levadura tenemos siete días, toda una semana, para centrarnos en quitar el pecado de nuestra vida. Dios desea que tengamos una actitud humilde siempre, constantemente porque Él no puede ni quiere habitar donde hay orgullo. El orgullo es todo lo contrario a la humildad o a un corazón contrito y quebrantado.

Vayamos a **Proverbios 16:18 - Al orgullo le sigue la destrucción; a la altanería, el fracaso.** El orgullo termina destruyéndonos. De esto podemos estar seguros. Podemos ver a lo largo de la Biblia que todos los que permitieron que el orgullo los dominara fueron destruidos. Todo comienza con una mente llena de orgullo y vanidad, que confía en sí misma. El día en que empezamos a confiar en nosotros mismos empieza nuestra ruina. No físicamente, sino espiritualmente. Hay un dicho que dice que debemos aprender de nuestros errores. Aprendemos a hacer lo que es correcto mirando lo que hemos hecho mal.

Si alguien nos preguntara qué es lo opuesto a la humildad, creo que la mayoría de nosotros en la Iglesia diría: ¡Satanás! Entendemos que lo opuesto a la humildad es el orgullo: Satanás. Una persona que está llena de orgullo no puede recibir ayuda del espíritu santo de Dios. Y sabemos que el espíritu santo de Dios es la clave de nuestro éxito. Así es como podremos nacer en la Familia de Dios, Elohim. Necesitamos la ayuda del espíritu santo para mantenernos conectados con Dios y con Josué. Solo así podemos someternos al proceso al que hemos sido llamados.

La palabra orgullo describe todo lo que es contrario a la humildad. Pero hay otras palabras que también describen la falta de humildad. Las personas que no son humildes suelen ser arrogantes, engreídas. Ellas creen ser más importantes de lo que realmente son. O sea, alguien que tiene una opinión sobre todo. Alguien que no solo tiene una opinión sobre todo, sino que también cree que siempre tiene razón. Alguien que no es humilde suele ser orgulloso y prepotente. No hay nada de malo en sentirse orgulloso de algo, pero sin exagerar. Especialmente cuando nos atribuimos el mérito a nosotros mismos. A nadie le gustan esas personas que siempre están presumiendo de sus logros.

Y también están las personas egocéntricas o egoístas. Ellas solo piensan en sí mismas. Los narcisistas son muy egocéntricos. Ellos piensan que el mundo gira a su alrededor y solo piensan en sus propios intereses, en lo que quieren.

Una persona que no tiene humildad piensa que tiene derecho a todo. Ella piensa que ella es quien se merece el ascenso y siempre quiere salir ganando. Una persona así no tiene ningún problema en recibir un trato especial, porque, al fin y al cabo, ella se lo merece.

Una persona así no es una persona agradable. Y creo que ninguno de nosotros quiere ser así. Pero, lamentablemente, así somos por naturaleza. Tenemos la naturaleza humana, la misma naturaleza de Satanás. La naturaleza humana es sinónimo de orgullo. Y el orgullo es pecado. El pecado nos separa de Dios. Y si quedamos separados del espíritu santo de Dios, estamos en serios problemas.

Algunos de nosotros sabemos lo que sucede cuando quedamos separados de Dios, y Su espíritu ya no fluye en nuestra vida. Entonces el orgullo abunda. Hemos sido parte de la Era de Laodicea, la última era de la Iglesia de Dios, antes de la Iglesia del tiempo del fin.

Muchos de nosotros que ahora somos parte de la Iglesia de Dios PKG, hemos sido parte de la Era de Laodicea. Algunos de los que fueron despertados ya han muerto y otros seguimos vivos. Hemos sido testigos de lo que sucedió. Nosotros somos la evidencia de lo que puede suceder. Esa fue una época muy difícil en la Iglesia de Dios porque el amor de muchos se enfrió. La Iglesia de Dios quedó completamente separada del flujo del espíritu de Dios y todos nos quedamos dormidos. Aunque no lo sabíamos entonces.

Vayamos a **Apocalipsis 3:14 - Escribe al ángel de la iglesia de Laodicea: Esto dice el Amén, el testigo fiel y veraz, el soberano de la creación de Dios: "Conozco tus obras; sé que no eres ni frío ni caliente.** No éramos ni fríos ni calientes. Estábamos llenos de orgullo, tibios, sin ni una pizca de humildad en nuestros pensamientos y acciones. Una persona que es caliente se esfuerza por tener un espíritu humilde. Ella puede ver lo que está mal en sí misma y desea cambiar. Esa persona siempre busca la humildad.

¡Ojalá fueras lo uno o lo otro! Por tanto, como no eres ni frío ni caliente, sino tibio, voy a vomitarte de Mi boca. Éramos tibios. Estábamos llenos de orgullo. Pensábamos que ya sabíamos todo lo que necesitábamos saber. Nos habíamos olvidado de nuestro llamado. Éramos exactamente como Dios describe en el siguiente versículo.

Dices: "Soy rico; me he enriquecido y no me hace falta nada"... Así es como piensa una persona que está llena de orgullo. Una persona llena de orgullo cree que sabe más que su Creador. Satanás pensaba de esa manera e intentó usurpar el trono de Dios. Y sabemos cuál fue el resultado. El orgullo nunca trae nada bueno. El orgullo solo nos hace daño. El orgullo nos destruye. **...pero no te das cuenta de cuán infeliz y miserable, pobre, ciego que eres y tampoco te das cuenta de que estás desnudo.** Esto es lo que el orgullo hace en nuestra vida. Este es el resultado del pecado. Dios tuvo que vomitarnos de Su Iglesia, de Su Cuerpo, por nuestra culpa, por nuestra falta de humildad. Todos los que formaban parte de la Era de Laodicea fueron vomitados de la boca de Dios. Y todos tienen que comprender esto. Porque los que no comprenden esto no pueden tener una actitud humilde.

Recuerden, un corazón contrito y humilde ve el mal. En la Era de Laodicea toda la Iglesia se enaltecía. Pensábamos que éramos ricos y que no teníamos necesidad de nada. Éramos autosuficientes. O como he dicho antes, éramos egocéntricos y egoístas. Pensábamos que no necesitábamos a Dios. No podíamos ver lo que éramos porque estábamos separados de Dios. Y ahora, con la ayuda del espíritu de Dios, podemos mirar hacia atrás y ver claramente lo equivocados que estábamos. Sin el espíritu de Dios, estábamos desnudos, vulnerables y éramos un blanco fácil para las artimañas de Satanás.

Sabemos que Satanás es nuestro enemigo. Él es nuestro adversario. No queremos ser como él. Sabemos que cuando cometemos pecado le damos poder a Satanás. Porque él también sabe que cuando cometemos pecado quedamos separados de Dios. Satanás usa el orgullo en nuestra contra. La Biblia dice que Satanás es como un león rugiente que busca a quien devorar. Y sabemos a quién él quiere devorar: a nosotros. Debemos permanecer sobrios, tener la mente clara y estar en guardia contra Satanás y sus artimañas. También debemos estar alerta y vigilantes contra ciertas cosas que Satanás transmite a nuestra mente. No podemos olvidar que Satanás es el príncipe de la potestad del aire. Él conoce nuestras debilidades, los números uno, dos, etc., de nuestra lista. Y él no pierde ninguna oportunidad de atacarnos.

Hace poco he visto un documental sobre los juegos psicológicos que Estados Unidos usó con sus enemigos para desestabilizarlos en la Segunda Guerra Mundial y en la guerra de Vietnam. Y en ambas situaciones esto tuvo mucho éxito. Esos juegos consisten en convencer al enemigo de situaciones que no son reales, hacerles responder de una determinada manera y sacar ventaja de esto. Satanás suele trabajar de esa manera.

Esto nos recuerda que nuestra mente es algo muy valioso y que debemos protegerla. Debemos estar siempre alerta. Somos los guardianes de nuestra mente y es nuestra responsabilidad, y de nadie, más protegerla. Debemos asegurarnos de llevar siempre el yelmo de la salvación de la armadura de Dios.

Nuestro adversario, Satanás, puede ser muy astuto. Él se acerca a nosotros con el único objetivo de hacernos volvernos contra Dios y contra nuestro Pesaj, Josué el Cristo. Satanás sabe que si él logra transmitir ciertos pensamientos a nuestra mente, dejaremos que el orgullo nos domine y no tendremos acceso a la ayuda que necesitamos para luchar contra él. Y cuando dejamos de luchar, Satanás gana la batalla. Lo que él más quiere es destruir a un potencial hijo de Dios.

Vamos a leer ahora un ejemplo de cómo Satanás fomenta el orgullo y la autosuficiencia, o sea, su propia mentalidad, en los seres humanos. Vayamos a **Génesis 2:8 - El SEÑOR plantó un jardín al oriente del Edén, y allí puso al hombre que había formado. El SEÑOR hizo que creciera toda clase de árboles hermosos, los cuales daban frutos buenos y apetecibles. En medio del jardín hizo crecer el árbol de la vida y también el árbol del conocimiento del bien y del mal.**

Después de crear la Tierra y todo lo que hay en ella, Dios creó a Adán. Dios colocó a Adán en el Jardín del Edén, donde había todo lo que Adán necesitaba para sobrevivir y prosperar. Adán debía cultivar y cuidar ese jardín.

Versículo 15 - El SEÑOR tomó al hombre y lo puso en el jardín del Edén para que lo cultivara y lo cuidara, y le ordenó: “Puedes comer de todos los árboles del jardín, pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no deberás comer. El día que de él comas, ciertamente morirás”. Dios le dio a Adán instrucciones muy específicas. Dios le puso a cargo del jardín. Adán solo tenía que hacer lo que Dios le había dicho. Dios le dijo claramente que él podía comer de todos los árboles del jardín, excepto el árbol del conocimiento del bien y del mal. Dios, quien había creado a Adán del polvo de la tierra, le dijo que no hiciera algo.

Adán no conocía a nadie más que a Dios y la palabra de Dios. Dios le había dado vida. Y cabría esperar que Adán confiara plenamente en Dios. Adán no tenía motivos para dudar de lo que Dios le había dicho. Pero Adán era un ser humano y tenía la naturaleza humana. La misma naturaleza que nosotros tenemos y la misma naturaleza que Satanás tiene.

Marquen ese pasaje aquí en Génesis y vamos a leer sobre lo que le sucedió a Satanás. Vayamos a **Ezequiel 28:11 - El SEÑOR me habló diciendo: “Hijo de hombre, entona un lamento por el rey de Tiro y adviértele que así dice el SEÑOR omnipotente: ‘Eras un modelo de perfección, lleno de sabiduría y de perfecta hermosura.** Sabemos que esto se refiere a Satanás. Dios creó a ese ser y le puso por nombre Lucifer. Dios creó a Lucifer como un ser perfecto. Todo lo que Dios crea es perfecto. Lucifer estaba lleno de la sabiduría que Dios le había dado. Lucifer, en el estado original en que fue creado, era un ser impresionante.

Versículo 14 - Fuiste elegido querubín protector, porque Yo así lo dispuse. Estabas en el santo monte de Dios, y caminabas sobre piedras de fuego. Desde el día en que fuiste creado tu conducta fue irreprochable, hasta que la

iniquidad halló cabida en ti. Lucifer fue creado por Dios y estaba en la presencia de Dios. Lucifer era el ser más magnífico que Dios había creado hasta entonces. Dios le había dado todo esto.

Dios dio a Lucifer una gran responsabilidad y él estuvo sirviendo a Dios fielmente. No sabemos cuánto tiempo pasó antes de que Lucifer se llenara de orgullo, pero sabemos que esto fue lo que sucedió. Cuando Dios le contó sobre Su plan para crear a los seres humanos, los celos y la envidia empezaron a consumir a Lucifer. Él sabía que los seres humanos serían más importantes que él y no podía soportar la idea de que ya no sería el ser más perfecto de la creación de Dios. Lucifer se ensoberbeció pensando que no necesitaba nada de Dios.

Versículo 17 - A causa de tu hermosura te llenaste de orgullo. A causa de tu esplendor, corrompiste tu sabiduría.

Por eso te arrojé por tierra, y delante de los reyes te expuse al ridículo. Lucifer se enaltecía, se llenó de orgullo. Ahora que él sabía sobre el plan de Dios para crear a los seres humanos lo que Dios le había dado le parecía poco. Él ya no estaba satisfecho con la responsabilidad que Dios le había confiado. Y él no solo se rebeló contra Dios, sino que engañó a un tercio de los ángeles y los convenció a rebelarse junto con él. Lucifer y esos ángeles se convirtieron en enemigos de Dios y ahora ellos son conocidos como Satanás y los demonios.

La humildad es todo lo contrario a esa repugnante actitud de orgullo. En este ejemplo de Satanás, podemos ver que para tener una actitud humilde siempre, no podemos estar insatisfechos con nuestro llamado. Sin importar lo que Dios nos esté dando. Nuestro enfoque siempre debe ser estar en la Familia de Dios, Elohim.

No todos han sido llamados para ser parte de los 144.000, pero todos son llamados para ser parte de Elohim. Debemos estar contentos con esto. Y también con la manera en que Dios hace esto. De lo contrario podemos enaltecernos y desear más. Si nos enaltecemos, si pensamos que somos mejores de lo que realmente somos, seres humanos débiles con una naturaleza humana que no puede hacer nada sin Dios, entonces necesitamos clamar a Dios por Su ayuda y pedirle que nos dé un corazón como el corazón del rey David. Debemos clamar a Dios para tener siempre una actitud humilde.

Vayamos ahora a **Isaías 14:12 - ¡Cómo has caído del cielo, lucero de la mañana! Tú, que sometías a las naciones, has caído por tierra. Decías en tu corazón: "Subiré hasta los cielos. ¡Levantaré mi trono por encima de las estrellas de Dios! Gobernaré desde el extremo norte, en el monte de la reunión. Subiré a lo alto de las nubes, seré como el Altísimo".** Lucifer pensó que ya no necesitaba a Dios. Debido a su orgullo, Lucifer se enaltecía por encima de su Creador. Él se engañó a sí mismo pensando que podía ser como Dios. Su ego dominó su sentido común. En su orgullo, Lucifer creyó que podía vencer a Dios. Pero pronto él descubrió que no podía.

Satanás odiaba el plan de Dios y pensó que podía estropearlo. Pero pronto él descubrió que nada puede cambiar el plan de Dios. Esto es un hecho. Dios está creando a Su Familia, Elohim, y esto será una realidad.

Los celos, la amargura y el odio que Satanás sentía respecto al plan de Dios lo llevaron a destruir el planeta Tierra. Pero entonces Dios decidió que había llegado el momento de reestructurar el planeta Tierra. Y ahora volvemos nuevamente al Jardín del Edén, cuando Satanás intentó una vez más frustrar el plan de Dios. Volvamos a Génesis y vamos a comenzar en el capítulo 3. Hemos leído en los versículos anteriores que Dios puso a la disposición de Adán, y más tarde de Eva, todo lo que había en el jardín. Adán podía comer de todos los árboles del jardín, pero no del árbol del conocimiento del bien y del mal. Las instrucciones que Dios dio a Adán fueron muy claras.

Como he dicho antes, Satanás es el príncipe de la potestad del aire. Él es un maestro en el arte de la manipulación y del engaño. Él sabe muy bien cómo engañar a las personas y tiene mucha práctica en esto. Recuerden que él engañó a un tercio de los ángeles de Dios. Y sin la ayuda de Dios nosotros también podemos ser fácilmente engañados.

Génesis 3:1 – Entonces la serpiente, (Satanás) que era el más astuto de todos los animales del campo que el SEÑOR Dios había creado... Sabemos que la actitud de Satanás es repugnante. Sabemos que él está lleno de orgullo, celos, odio y toda clase de perversidad imaginable. Su corazón es todo lo contrario a un corazón humilde y contrito.

...dijo a la mujer: “¿Es verdad que Dios os dijo que no comierais de ningún árbol del jardín?” Teniendo en cuenta lo que acabamos de leer en Ezequiel y en Isaías, esa actitud prepotente de Satanás hacia Eva en el jardín es comprensible y, además, muy predecible. Satanás es astuto, tramposo, insidioso, engañoso, manipulador y muchas cosas más. En otras palabras, Satanás está lleno de perversidad. Sus palabras aquí demuestran lo engreído que él es. Es como si pudiéramos oírle burlarse de Dios al decir esto. Esas palabras salieron de su boca cargadas de desdén y orgullo.

Y la mujer respondió a la serpiente: “Podemos comer del fruto de todos los árboles. Pero, en cuanto al fruto del árbol que está en medio del jardín, Dios nos ha dicho: “No comáis de ese árbol, ni lo toquéis; de lo contrario, moriréis”. Eva habría hecho bien en recordar lo que Dios le había dicho era cierto. Dios había creado a Adán y Eva. ¿Por qué Dios les mentiría? ¿Por qué Dios les diría que no comiesen del fruto de ese árbol solo por decirlo?

Eva no creyó a Dios. Al igual que las personas hoy tampoco creen a Dios. La naturaleza humana no nos deja creer a Dios. Para creer a Dios necesitamos que el poder del espíritu santo esté trabajando activamente en nosotros. De lo contrario Satanás puede engañarnos fácilmente, como él engañó a Eva.

Pero la serpiente le dijo a la mujer: “¡No es cierto, no vais a morir! Dios sabe muy bien que, cuando comáis de ese árbol, se os abrirán los ojos y llegaréis a ser como Dios, concedores del bien y del mal”. El orgullo provoca el deseo de saber todas las cosas. El orgullo nos lleva a tener nuestras propias opiniones y a pensar que siempre tenemos la razón.

Satanás estaba llamando a Dios mentiroso. Él se estaba burlando de Dios. Satanás estaba engañando a Eva de la misma manera que había engañado a los ángeles. Satanás estaba intentando convencer a Eva de que si ellos, Adán y Eva, comiesen de ese árbol ellos no morirán, pero serían como Dios, su Creador y ya no necesitarían de nada. ¡Y Satanás tuvo éxito engañando a Eva!

Satanás, lleno de orgullo y engaño, se creía igual a Dios. Al fin y al cabo todo lo que él tenía que hacer para frustrar el plan de Dios era engañar a Adán y Eva. Y eso era algo que él podía hacer fácilmente. Y ese es el problema con el orgullo. El orgullo no es sano. Satanás no sabía lo grandioso que es el plan de Dios y tampoco sabía que él es un pieza clave en el plan de Dios.

Versículo 13 - Entonces el SEÑOR preguntó a la mujer: “¿Qué es lo que has hecho?” Y la mujer respondió: “La serpiente me engañó, y comí”. Sabemos que no fue solo Eva que comió del árbol del conocimiento del bien y del mal. Adán también. Ambos desobedecieron a Dios, y fueron expulsados del Jardín del Edén. Ambos se llenaron de orgullo, se enaltecieron, pensando saber más que Dios. Ellos se volvieron orgullosos. Y desde entonces todos los seres humanos han seguido su ejemplo.

Los seres humanos están separados de Dios y no pueden comprender que debemos tener una actitud humilde. Desde Adán y Eva solo unos pocos han tenido la oportunidad de saber y entender por qué Dios los ha llamado. Nosotros somos parte de esas pocas personas que han sido bendecidos porque Dios nos ha llamado. Pero el hecho de que Dios nos haya llamado y que hayamos sido bautizados no significa que tengamos automáticamente una actitud humilde y un corazón contrito. ¡Todo lo contrario! Nuestra naturaleza sigue luchando contra Dios.

Vayamos a **Romanos 8:7 - La mentalidad pecaminosa es enemiga de Dios, pues no se somete a la ley de Dios, ni es capaz de hacerlo.** Esta es la mentalidad con la que nacemos. Somos enemigos de Dios, estamos en contra de Dios. Esto significa que estamos en conflicto con Dios. Y estar en conflicto con Dios significa no estar de acuerdo con Dios. Incluso podemos ser hostiles hacia Dios. Nuestra naturaleza no está de acuerdo con Dios y lucha contra Dios.

Así que, los que viven según la mentalidad pecaminosa no pueden agradar a Dios. No podemos agradar a Dios. Por naturaleza queremos complacernos a nosotros mismos, ponernos en primer lugar y satisfacer nuestros propios deseos. Somos egoístas por naturaleza. Porque tenemos la naturaleza humana y no la naturaleza de Dios. Solo hay una manera de agradar a Dios.

Sin embargo, vosotros no vivís según la mentalidad pecaminosa, sino según el espíritu, si es que el espíritu de Dios vive en vosotros. Y, si alguno no tiene el espíritu de Cristo, no pertenece a Cristo. Debemos ser bautizados, recibir el perdón de nuestros pecados y recibir el don del espíritu santo de Dios. Y después de que Dios nos da Su espíritu santo, podemos comenzar a comprender el camino de vida de Dios y a esforzarnos por ser humildes. Si somos humildes comenzamos a comprender que debemos deshacernos de nuestro orgullo y esforzarnos por tener un espíritu contrito. Y solo podemos lograr esto con la ayuda de Dios.

¿Y cómo podemos comenzar a ser humildes y a esforzarnos por tener un espíritu contrito? Debemos acercarnos a Dios y permanecer cerca de Dios. Sabemos que Dios nos ha dado dos importantes herramientas para lograr esto: la oración y el ayuno. Debemos orar a Dios todos los días. Sabemos que la oración es la manera que tenemos de comunicarnos con Dios. Y cuando oramos debemos recordar y creer que hemos entrado en el Lugar Santísimo porque sabemos y creemos que nuestro hermano mayor Josué, nuestro Pesaj, abrió el camino para nosotros. Si oramos con esto en mente, entonces debemos ser humildes, porque sabemos que estamos en la presencia de Dios. Tenemos una conversación personal con nuestro Padre, YAHWEH ELOHIM. Ese es el momento más importante de nuestro día. Sabemos que para recibir el alimento espiritual, para ser guiados en el camino de vida de Dios y honrar a Dios, debemos clamar a Dios todos los días. También sabemos que lo primero que debemos hacer cuando oramos es pedir a Dios que nos perdone nuestros pecados. Confesamos a Dios nuestros pecados y nuestras debilidades, y le pedimos que nos perdone. Entendemos que el pecado nos separa de Dios y necesitamos arrepentirnos para poder tener una conversación personal con Dios.

Si no conversamos con Dios todos los días, no estamos siendo humildes. Porque entonces lo que estamos diciendo es que no necesitamos a Dios. Cuando somos humildes, sabemos que Dios tiene razón y que nosotros estamos equivocados. Después que confesamos nuestros pecados, Dios Todopoderoso nos escucha y nos perdona, y Su espíritu puede volver a fluir en nuestra vida. Gracias al espíritu de Dios, este ciclo puede continuar, y podemos desarrollar cada vez un poco más de humildad y deshacernos del orgullo.

Vayamos a **Mateo 6:5 - Cuando oréis, no seáis como los hipócritas, porque a ellos les encanta orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las plazas para que la gente los vea. Os aseguro que ya han obtenido toda su recompensa.** Cristo llamó hipócritas a los escribas y a los fariseos. Cristo dijo esto sobre ellos abiertamente y más de una vez.

Una persona hipócrita es una persona cuyas acciones no concuerdan con sus valores, es alguien que finge ser lo que no es para engañar a otros. Una persona hipócrita no es humilde. Cristo nos dice que no debemos ser así.

Pero tú, cuando te pongas a orar, entra en tu cuarto, cierra la puerta y ora a tu Padre, que está en lo secreto. Así tu Padre, que ve lo que se hace en secreto, te recompensará. La oración es algo muy personal entre nosotros y Dios. Por eso Cristo nos dijo que cuando oremos debemos hacerlo en privado. Dios quiere que reconozcamos nuestros pecados y seamos humildes. Y esto es algo entre Dios y nosotros. Dios quiere que tengamos un espíritu contrito y que nos arrepintamos. Porque entonces Dios puede trabajar con nosotros. La oración siempre debe ir acompañada de la humildad.

En Lucas 18 podemos leer una parábola que Cristo contó para explicar esto. Vayamos a **Lucas 18:9 - A algunos que confiaban en su propia justicia y menospreciaban a los demás, Josué les contó esta parábola.** Nunca podemos pensar que somos justos. Esto es orgullo. Nuestra justicia es repugnante. Pensamos que somos justos y esto nos lleva a juzgar a los demás de una manera equivocada. Esto nos lleva a tener una opinión sobre las cosas, que en realidad no importa a nadie. Esto es lo que causa desacuerdos entre los hermanos. Pensamos que nuestra manera de hacer las cosas es la correcta y que todos los demás se quedan cortos.

Dos hombres subieron al templo a orar: uno era fariseo... Y recuerden lo que Cristo dijo sobre los fariseos. ...y el otro, recaudador de impuestos. El fariseo se puso a orar consigo mismo: “Oh Dios, Te doy gracias porque no soy como otros hombres —ladrones, malhechores, adúlteros— ni mucho menos como ese recaudador de impuestos. Ayuno dos veces a la semana y doy la décima parte de todo lo que recibo”. Y esta no es una buena manera de comenzar una oración. Él se estaba colgando medallas, como si nunca hiciera nada malo. ¡Vaya engreimiento! Como mencioné en el comienzo de este sermón, a veces es bueno para nosotros mirar ejemplos de cómo no debemos ser. Por eso Cristo dijo que los fariseos pertenecían a su padre, el diablo.

En cambio, el recaudador de impuestos, que se había quedado a cierta distancia, ni siquiera se atrevía a alzar la vista al cielo, sino que se golpeaba el pecho y decía: “¡Oh Dios, ten compasión de mí, que soy pecador!” El fariseo estaba muy agradecido por no ser como el recaudador de impuestos, un hombre que se sentía tan compungido por sus pecados que ni siquiera se atrevía a alzar la vista al cielo, donde está Dios. Él sabía que era un pecador y estaba allí, en la presencia de Dios, diciendo a Dios que sabía que era un pecador y que se arrepentía y quería cambiar.

Os digo que este, y no aquel, volvió a su casa justificado ante Dios. Pues todo el que a sí mismo se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido. Cristo dijo que debemos ser humildes; especialmente cuando oramos. Entonces podemos abrir nuestro corazón a Dios. Porque Dios quiere escucharnos, quiere que reconozcamos delante de Él que somos pecadores. Porque lo somos. Y Dios ya lo sabe, pero Él quiere asegurarse de que nosotros también lo sepamos.

Incluso en un buen día, siempre hacemos algo que está mal porque tenemos la naturaleza humana, una naturaleza egoísta y orgullosa. Debes tener una actitud humilde cuando oramos. Debemos clamar a Dios y pedirle que despierte en nosotros una actitud humilde. Queremos que Dios nos enaltezca y nos reciba en Su Familia, Elohim, cuando llegue el momento.

Vayamos al **Salmo 4:1 - Responde a mi clamor, Dios mío y defensor mío. Dame alivio cuando esté angustiado, apiádate de mí y escucha mi oración.** Aquí el rey David muestra una actitud humilde. Él estaba clamando a Dios y reconociendo sus debilidades delante de Dios. El rey David creció en humildad al comprender cuánto Dios lo amaba y cuántas veces Dios le mostró Su bondad.

Piensen en cuántas veces Dios ha hecho lo mismo por nosotros. Dios nos creó. Dios sabe que no somos perfectos. Pero eso no nos da carta blanca para cometer pecado. ¡Todo lo contrario! Esto debería darnos ánimos. Al igual que el rey David, nosotros cometemos pecados, pero podemos clamar a Dios en los momentos difíciles. Podemos pedir a Dios que tenga compasión de nosotros y podemos estar seguros de que Dios escucha nuestra oración. Cada vez que hacemos esto, desarrollamos un poco más de humildad, porque YAHWEH ELOHIM nos escucha. Nuestra angustia puede convertirse en alegría.

El ayuno es una excelente herramienta que podemos usar para demostrarle a Dios que nos estamos esforzando por acercarnos más a Él. Entendemos que cuando ayunamos, estamos demostrando a Dios que queremos estar en unidad con Él. El Día Sagrado en el que ayunamos de una puesta de sol a otra se llama Día de la Expiación. En este día, buscamos estar en armonía con Dios. Más que en cualquier otro día. Cuando ayunamos en el Día de la Expiación, o en cualquier otro día que elijamos, debemos hacer esto con una actitud humilde. Debemos reconocer que Dios tiene razón y que nosotros estamos equivocados. El ayuno nos enseña que, al igual que nuestro cuerpo no puede prescindir de agua y comida para sostenerse, nosotros tampoco podemos vivir espiritualmente sin Dios.

Hemos escuchado en muchos sermones que debemos sacar la escoria, las impurezas, de nuestra vida a la superficie para poder deshacernos de ellas. No podemos tener una actitud humilde si nos estamos ahogando en la escoria, en las impurezas.

¿Y qué es esa escoria y cómo la sacamos a la superficie? La escoria es algo que se considera inútil, es basura. Basura que no necesitamos y tampoco queremos en nuestra vida. Debemos pensar en lo que esto significa espiritualmente. La escoria es el pecado, o los pecados, que tenemos en nuestra vida. En Gálatas 5 hay una lista con los frutos del espíritu santo. Pero antes de mencionar los frutos del espíritu santo y hablar sobre cómo debemos comportarnos si tenemos el espíritu santo de Dios, Pablo menciona las obras de la carne.

Gálatas 5:19 - Las obras de la carne se conocen bien: inmoralidad sexual, impureza y libertinaje; idolatría y brujería; odio, discordia, celos, arrebatos de ira, rivalidades, disensiones, sectarismos y envidia; borracheras, depravación sexual. Todo en esta lista es escoria. Estas cosas no pueden ser parte de nuestra vida. Debemos deshacernos de ellas. Las obras de la carne no demuestran una actitud de humildad, sino de orgullo. Esas cosas demuestran que creemos que tenemos la razón.

Echemos un vistazo al proceso de purificación del metal. Cuando un metal precioso es calentado a altas temperaturas, la escoria sube a la superficie. La plata, por ejemplo, debe ser colocada en un crisol, un recipiente de cerámica o metal, y debe ser calentada a altas temperaturas. Cuando la plata se funde las impurezas, o la escoria, se separan y suben a la superficie como espuma fundida.

También podemos mirar esto desde la perspectiva espiritual. Las obras de la carne son la escoria que tenemos en nosotros. La escoria es todo lo que es inservible, degenerado, pervertido y vil. Esta es una buena manera de resumir las obras de la carne.

El objetivo es quitar la escoria, o la espuma fundida, que sube a la superficie. Hay que retirarla cuidadosamente con una espumadera especial, hecha de grafito de arcilla. Así la plata queda pura y se puede trabajar con ella. Cuando ayunamos Dios nos ayuda a ver la escoria en nuestra vida y también nos ayuda a sacarla, si se lo pedimos. Sabemos que las pruebas por las que pasamos pueden ser comparadas con el fuego, las altas temperaturas. Cuando pasamos por una prueba, vemos cosas en nosotros mismos que debemos sacar de nuestras vidas.

A través de las cosas que escuchamos en los sermones también podemos ver la escoria que necesitamos sacar de nuestra vida. Por eso es bueno orar antes de escuchar un sermón y pedir a Dios que abra nuestros oídos para que podamos escuchar y saber qué necesitamos sacar de nuestra vida. Y esto puede ser algo en lo que estamos fallando, en lo que no estamos poniendo a Dios lo primero en nuestras vidas. Nos damos cuenta de que hay cosas de las que necesitamos deshacernos. Y cuando nos deshacemos de esas cosas mostramos un corazón contrito, un corazón que desea ser corregido, que desea cambiar.

Hemos escuchado muchos y excelentes sermones sobre el ayuno a lo largo de los años. Hemos aprendido mucho sobre el ayuno. Hemos aprendido por qué debemos ayunar, cómo debemos ayunar, sobre los resultados del ayuno y sobre lo que Dios espera de nosotros cuando ayunamos. El ayuno nos ayuda a tener una actitud humilde. Dios quiere que tengamos una actitud humilde y que nuestra mente esté libre de orgullo. Y cuando ayunamos, nos acercamos más a Dios. Ayunar tiene que ser una decisión que tomamos libremente. Dios nos ordena ayunar una vez al año. Pero debemos ayunar más que solamente una vez al año y podemos elegir cuando ayunamos.

Dios quiere que ayunemos porque Él desea tener una relación con nosotros. Cuando elegimos ayunar estamos diciendo a Dios que queremos tener un corazón quebrantado y dispuesto a aprender.

Debemos ayunar de la manera correcta. Y hemos escuchado en numerosos sermones cuál es la manera correcta de ayunar. Isaías 58 nos ha sido explicado en detalle. Si ayunamos de la manera correcta nuestra mente y nuestro corazón pueden empezar a ser sanados. Dios nos escucha y nos da la ayuda que necesitamos para cambiar, para tener una actitud diferente. Entonces comenzamos a producir los frutos del espíritu santo. Nos convertimos en personas con una actitud humilde y que confían en Dios Todopoderoso.

Dios dice en **Isaías 57:15** - **Yo habito en un lugar sagrado y sublime, pero también con el que tiene un espíritu contrito y humilde.** Dios habita en Su trono en el cielo, pero sabemos que Dios también habita en nosotros, si tenemos Su espíritu santo. Dios habita en los que tienen un espíritu contrito y humilde, en los que no están llenos de orgullo. Sabemos que Dios no habita donde hay orgullo, porque el orgullo es pecado. Por eso debemos asegurarnos de hacer lo que debemos hacer para que Dios pueda habitar en nosotros.

Vayamos a **Isaías 26:4** - **Confía en el SEÑOR para siempre...** Solo podemos poner nuestra confianza en Dios y en Cristo. Solo podemos confiar en Dios y en Cristo porque solo Su palabra es verdadera. Los seres humanos tenemos la naturaleza humana, y, sin la ayuda de Dios, por mucho que nos esforcemos, pensamos en nosotros mismos primero. Nuestra única esperanza de dejar de ser egoístas es someternos a Dios. Pero, desafortunadamente, esto no siempre es así. **...porque el SEÑOR es la Roca eterna.** Dios es nuestra Roca. Dios es nuestra Petra. Dios es nuestro refugio. Sabemos que solo podemos cambiar si contamos con la ayuda de Dios. Debemos arrepentirnos de nuestros pecados para no quedar separados de Dios. Y cuando nos arrepentimos de nuestros pecados, podemos confiar en que Dios nos perdona. Esto es lo que Dios nos promete.

Ya hablamos sobre el hecho de que Dios vomitó a toda la Iglesia de Su boca en la Era de Laodicea porque la Iglesia estaba llena de orgullo. Si queremos que Dios habite en nosotros, debemos deshacernos del orgullo. Debemos tener un espíritu quebrantado y contrito, un espíritu que acepta la corrección y que pone a Dios siempre en primer lugar. Esto es algo que debemos elegir.

Algo que puede ayudarnos a mantener una actitud de humildad es recordar nuestro llamado. Dios Todopoderoso nos ha llamado. Y no fue por error. Dios nos ha llamado a ser parte de Su plan y de Su propósito. Sin el plan de Dios nuestra vida no tiene sentido. Sabemos que *muchos son llamados, pero pocos escogidos*. Esto se refiere a aquellos

que Dios ha llamado a Su Iglesia. Dios llama a muchos, pero solo unos pocos son elegidos. Eso significa que si estamos aquí hoy y entendemos esto, debemos tener una actitud aún más humilde. Somos parte de esos pocos.

Debemos tener una mente dispuesta a aprender más sobre Dios y Su plan de salvación para poder cumplir el propósito de nuestro llamado. Debemos tener una actitud de humildad. Debemos vernos como realmente somos sin Dios: seres humanos débiles que cometen pecado fácilmente. No podemos enaltecernos, de ninguna manera. Ninguno de nosotros tiene el poder de dar vida a otros y sostenerlos. Solo Dios tiene ese poder. Necesitamos recordar lo que Pablo dijo: “¡Miserable hombre que soy! ¿Quién me libraré?”. Si somos humildes, sabemos la respuesta: ¡Dios y solamente Dios!

Vayamos ahora a **Filipenses 2:1 - Por tanto, si sentís algún estímulo en vuestro vínculo con Cristo, algún consuelo en su amor, alguna comunión en el espíritu, algún afecto entrañable, llenadme de alegría teniendo un mismo parecer, un mismo amor, una misma mente y un mismo espíritu.** Nosotros, en el Cuerpo de Cristo, podemos tener el consuelo de agapē, el amor de Dios. Ese amor es un fruto del espíritu santo. El espíritu de Dios habita en nosotros porque Josué dio su vida por nosotros. Y así es como podemos tener una misma mente. Josué es nuestro Pesaj. Él cumplió ese papel con humildad. Por eso podemos ser uno. Esto nos da muchos ánimos.

Si nos arrepentimos de nuestros pecados, estaremos unidos a Cristo y seremos parte de Elohim por toda la eternidad. Todos podemos tener la misma actitud de humildad.

No hagáis nada por egoísmo o vanidad; más bien, con humildad considerad a los demás como superiores a vosotros mismos. Cada uno debe velar no solo por sus propios intereses, sino también por los intereses de los demás. El egoísta solo busca su propio beneficio. Vemos esto en todas partes en el mundo de hoy. Basta con mirar lo que hacen los gobernantes. Todos ellos solo velan por sus propios intereses. Todos ellos solo quieren lograr sus propios objetivos cuando mejor les venga y a su manera.

El engreído está lleno de orgullo. El engreído tiene una actitud narcisista, está enamorado de sí mismo, siente gran admiración por sí mismo y está convencido de que siempre tiene la razón. ¡No queremos ser así! Queremos tener una actitud humilde. Porque la humildad nos ayuda a comprender que no somos mejores que nadie. Si somos humildes entenderemos lo mucho que podemos aprender unos de otros. Si consideramos a los demás más importantes que nosotros mismos, entonces entendemos que no somos importantes. Entonces podemos ver las cosas buenas que los demás hacen, comprendemos que quizá haya una mejor manera de hacer las cosas y escuchamos a los demás.

En vuestra relación unos con otros, tened la misma actitud que Josué el Cristo. Josué está dispuesto a sacrificarse por los demás. Su mentalidad es exactamente la misma mentalidad de Dios. Josué siempre pone a Dios lo primero en todas sus decisiones. Incluyendo su decisión de ser el sacrificio del Pesaj. Su vida refleja una y otra vez que todas sus acciones se basa en la voluntad de Dios. Josué tenía siempre una actitud humilde. Y esta es la misma actitud que todos debemos tener. Debemos amarnos unos a otros, como Dios y Cristo nos aman.

Quien, teniendo la naturaleza de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando la naturaleza de siervo, hecho semejante a los hombres. La existencia de Josué comenzó cuando él nació como ser humano, pero Él tenía la mente de Dios. Él no se enalteció, sino que cumplió la voluntad de Su Padre. Él nunca cometió pecado, nunca tuvo orgullo, sino que siempre tenía una actitud humilde.

Y, hallándose en condición de hombre, se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, ¡y muerte en un madero! Josué vino al mundo para morir por toda la humanidad. Él lo sabía y se humilló ante Dios. Él jamás dudó en obedecer a Dios y cumplir su llamado. Josué es el comienzo del plan de salvación de Dios para la humanidad.

Por eso Dios lo exaltó hasta lo sumo y le otorgó el nombre que está sobre todo nombre, para que ante el nombre de Josué se doble toda rodilla en el cielo y en la tierra y debajo de la tierra, y toda lengua confiese que Josué el Cristo es Señor, para gloria de Dios Padre. Josué el Cristo es el primero de las primicias. Él ahora está sentado a la diestra de Dios, esperando por los 144.000, para juntos gobernar la Tierra y administrar el Reino de Dios.

Vayamos ahora a **Colosenses 3:12** - **Por lo tanto, como escogidos de Dios, santos y amados, revestíos de afecto entrañable y de bondad, humildad, amabilidad y paciencia, soportándoos unos a otros, perdonándoos unos a otros. Si alguno tiene queja contra otro, así como Cristo os perdonó, perdonad también vosotros.** Dios nos ha llamado. Somos Sus elegidos. Dios nos ama y quiere que vivamos de una determinada manera. Debemos tratar a los demás como queremos ser tratados.

Dios es muy misericordioso con nosotros, y debemos ser misericordiosos con los demás. Y solo podemos ser amables, humildes, mansos y sufrir por los demás porque Dios nos muestra cómo hacerlo y nos da Su espíritu para ayudarnos. Debemos amarnos unos a otros y perdonar todas las ofensas que otros cometan contra nosotros.

Josué murió clavado en un madero por todos nosotros. Él se humilló a sí mismo para lograr el propósito para el que Él nació. Si Josué estaba dispuesto a morir por nosotros y murió por nosotros, entonces nosotros también debemos estar dispuestos a morir unos por otros. Debemos sacrificar a nuestro "yo", a nuestra naturaleza humana, y ser humildes. Así podemos ser cada vez más como Josué.

Y no puedo concluir el sermón de hoy sin hablar del más trascendental acto de humildad: el sacrificio de nuestro Pesaj, Josué el Cristo. Pablo escribió en **1 Corintios 5:7** - **Cristo, nuestro Pesaj, fue sacrificado por nosotros.** En la noche del Pesaj, durante la ceremonia del Pesaj, mientras comemos un trocito de pan sin levadura, que representa el Cuerpo de Cristo, nuestro Pesaj, debemos recordar que esto representa a Cristo, quien ofreció Su vida como el Cordero del Pesaj de Dios, de manera voluntaria y con una actitud de humildad.

Josué siempre tuvo una actitud humilde, desde su nacimiento. Él fue el ejemplo perfecto de humildad. Josué nunca cuestionó Su papel en el plan de Dios; el papel que Él empezó a cumplir en el momento en que nació. Josué sabía por qué había nacido y cumplió Su papel con humildad.

Josué nunca antepuso su voluntad a la voluntad de Dios. Él siempre obedeció a Dios en todo. Él se sometió a Dios completa y libremente. Él fue el perfecto Cordero del Pesaj. Él murió por toda la humanidad. En la noche en que fue arrestado Josué nos dio un nuevo mandamiento. Y debemos obedecerlo.

Juan 13:34 - **Un nuevo mandamiento os doy: que os améis los unos a los otros. Así como yo os he amado, también vosotros debéis amaros unos a otros.** Josué nos amó de tal manera que Él dio su vida por nosotros.

El tipo de amor del que habla Cristo es agapē. Un amor sin orgullo. Un amor que ve las virtudes de los demás y no se fija en sus defectos. Un amor que está dispuesto a ayudar a los demás. Un amor humilde, como Cristo. Cuando Él dio su vida por nosotros Él se convirtió en el Cordero del Pesaj. Solo podemos sacrificar nuestra vida por otros si tenemos una actitud humilde.

Debemos trabajar duro para tener una actitud humilde y permanecer humildes. De esto depende nuestra vida, espiritualmente. Debemos deshacernos totalmente del orgullo en nuestra vida. No podemos permitir que la concupiscencia de los ojos, la concupiscencia de la carne y la vanagloria de la vida nos dominen. Y sabemos que esas cosas quieren dominarnos.

Dios nos avisa en **Génesis 4:7** que **el pecado nos acecha, como una fiera lista para atraparnos. No obstante, nosotros podemos dominarlo.** Sabemos que el pecado nos separa de Dios. Y cuando eso sucede, la repugnante naturaleza humana, llena de egoísmo y orgullo, hace acto de presencia.

Y para concluir el sermón de hoy, debemos recordar nuestro Pesaj, el ejemplo perfecto de humildad. Debemos recordar nuestro llamado. Dios Todopoderoso nos ha llamado. Y esto debe impulsar en nosotros una actitud humilde.

Quisiera terminar el sermón de hoy citando a **Proverbios 22:4 – La humildad...** Y ser humilde implica no pensar que somos mejores que nadie y no ser orgullosos. Ser humilde implica tener un espíritu quebrantado y contrito, ver lo que está mal en nuestra vida y desear ser corregido, y aún más importante, desear cambiar.

...y el temor del SEÑOR... Sabemos que esto no significa tener miedo a Dios. Esto significa tener miedo de ir en contra de Dios y quedar separado de Su santo espíritu. Porque ese es nuestro camino a Elohim. Así es como podemos permanecer humildes. **...traen riquezas...** Y la mayor riqueza que tenemos es saber quién es Dios y quién es Cristo, nuestro Pesaj, qué es Elohim y todas las 57 Verdades de Dios. Conocemos el plan de salvación de Dios Todopoderoso. Y sabemos que todo se cumplirá porque, a diferencia de Satanás, nosotros creemos a nuestro Creador.

... honra y vida. Si tememos ir en contra de Dios y vivimos de acuerdo con Su camino de vida, honramos a Dios y a los demás. Sabemos cuál es el propósito de nuestra existencia. No de esta existencia física, sino de la existencia espiritual: ser parte de Elohim y tener a Dios y a Cristo habitando en nosotros por toda la eternidad. Debemos recordar que nuestro objetivo es ser parte de Elohim, y que la única manera de lograr esto es tener siempre una actitud humilde.

Y nuevamente: **La humildad y el temor del SEÑOR traen riquezas y honra.** Hermanos, la humildad es algo muy poderoso. La humildad nos ayuda a luchar contra Satanás. Es a través de la humildad que podemos tener un corazón contrito y quebrantado. Dios habita en aquellos que tienen una actitud humilde. Debemos orar, ayunar y clamar a Dios Todopoderoso para tener siempre una actitud humilde.